

LA FUERZA DEL DESTINO

LIBRO XI

LA FUERZA DEL DESTINO



Capítulo I

En acecho

CEDIENDO á su íntimo é irrepressible terror, y casi sin saber lo que hacía, Papantli se dirigió mientras oraba como queda dicho, rumbo á la casa en que oculto tenían ella y el sacerdote de Toci al hijo de Gonzalo y Xochitl.

Poco distaba de ella cuando desde la sombra que proyectaban los edificios circunvecinos, distinguió un grupo de tres hombres que acaloradamente disputaban.

La vaga claridad de la luna que los envolvía, le permitió conocer que dos de ellos, á juzgar por el traje, eran españoles, y un indio el tercero.

Papantli se detuvo y se ocultó en el quicio de una puerta.

Desde allí pudo apreciar por algunas palabras que llegaron hasta ella, bastante confusas, pues la distancia era grande, que el indio se negaba á continuar sirviéndoles de guía.

En efecto uno de los españoles decía al indio:

—Nos ha hecho perder más de una hora y aun no damos con la maldecida casa.

—Vuelvo á deciros que no es mi culpa,—contestó el indio: sólo una vez he estado en ella y la verdad es que no acierto á reconocerla.

—¡Mientes! estamos en el barrio de los indios que tú habitas, y debes conocer á la perfección todas sus calles y encrucijadas.

—Repito que me he perdido, y si no me dejáis orientarme no saldremos de aquí en todo lo que queda de noche, que ya no es mucho.

—Por lo mismo que no tardará en venir la madrugada nos importa concluir pronto con este asunto. Para eso has recibido la paga por adelantado.

—¡Valiente paga! observó el indio con desdén:—pero aunque lo fuese, aunque este par de bolsas contuviesen los tesoros de Moctezuma, lo imposible es superior á mis fuerzas, y pues no puedo cumplir mi ofrecimiento, tomadlas en hora mala: os las devuelvo y en cambio dejadme libre.

—Primero te degollaré, ¡miserable!—gritó con voz airada uno de los españoles, sacando á relucir su espada.

Desde aquel momento Papantli no pudo ya seguir las peripecias de aquella disputa, porque sintió que la hoja de la puerta en cuyo quicio se apoyaba, iba á abrirse á sus espaldas.

Rápida y excitada, de un salto se retiró á alguna distancia y procurando no ser descubierta observó.

La puerta se fué abriendo poco á poco y al fin asomó por la abertura una cabeza que Papantli reconoció aterrada.

Era la de Popoca, criado de Ixtaolzin.

Papantli oyó la voz de éste que preguntaba:

—¿Aún están ahí?

—En el mismo lugar,—contestó Popoca.

—¡Malditos sean ellos! ¿qué buscarán?

—Ya te he comunicado mis sospechas.

—¿Al niño?

—Al niño, sí.

—¡Es imposible!

—¿Por qué ha de serlo? Repito que los ví observar todas las puertas una por una: en esta estuvieron parados un largo rato.

—¿Pero quién es el indio que los guía?

—No le conozco, al menos por la voz, que es lo único que he podido distinguir.

—¿Como podríamos deshacernos de ellos?

—Ya te propuse un medio que no has querido aceptar.

—No; no me conviene.

—No sé por qué: puedo imitar á la perfección el llanto de un niño.

—No lo dudo.

—Pues bien, si esos hombres buscan en efecto al niño, al oír el llanto de uno en esta casa, tratarían de penetrar en ella y teniéndolos dentro lo más fácil sería matarlos á todos tres.

—¡Oh no!

—¿Por qué?

—Porque yo soy un hombre enteramente imposibilitado é inútil para todo, y tú nada podrías hacer contra los tres.

—En ese caso moriría sirviéndote.

—De nada; tu muerte sería inútil y dolorosa para mí:

Además podrían esos hombres conocerme y vengarse cruelmente de mí:

—¿Sospechas entonces quiénes son?

—Nada puedo asegurar: me faltan los ojos para verlos: pero si buscan al niño no pueden ser otros que su padre y su abuelo. Mas, ¿quién les habrá dado aviso de que el niño se encuentra en este rumbo?

—También te lo he dicho ya.

—¿Papantli?

—Sí, Papantli.

—¡Imposible!

—¿Por qué imposible? ¿no te da derecho á sospechar de ella su prolongada y extraordinaria ausencia?

—¡Es verdad!

—Ahora bien: mi hermana, dueña de esta casa, nos ha asegurado que ha visto á Papantli pasar dos veces por esta calle, en esta misma noche. No cabe duda que á ella vino á arreglar la entrega del niño á sus padres.

—En tal caso esos hombres no dudarían, como parece que dudan, y directamente habrían llamado á la puerta de la casa que no encuentran.

—Eso no, porque nos hallamos en un barrio de indios que de seguro visitan por primera vez.

—Puede ser muy bien eso, pero...

—¡Aguarda!—dijo Popoca cortando al sacerdote la palabra.

—¿Qué sucede?

—Que ya el grupo de los tres hombres se ha movido del lugar que ocupaban.

—¿Y hacia dónde se dirigen?

—Al otro extremo de la calle. Sí, en este momento pasan frente á la puerta de la casa que buscan.

—¿Y se detienen ante ella?

—Creo que sí.

—¡Maldición sobre ellos!

—¿Pero, no: sí; eso es, me he engañado!

—¿Qué pasa?

—Me ha parecido que el indio se detuvo como si no le fuese desconocida la casa.

—¿Y qué?

Los dos españoles han creído sin duda que el indio pensaba escapárseles quedándose á retaguardia.

—¿Y qué han hecho?

—Se han vuelto sobre él espada en mano y le han obligado á seguir marchando.

—¿Continúan, según eso, alejándose?

—Sí, dentro de unos instantes podremos sin peligro alguno llegar á esa casa y apoderarnos del niño.

Papantli no podía dominar su sobresalto.

Media la extensión del peligro en que el hijo de Xochitl se hallaba y no obstante no se atrevía á nada.

También ella ignoraba quiénes fuesen aquellos españoles y, como Ixtaolzin, temía que allí se encontrasen en busca del niño.

No podía, pues, llamarlos en su auxilio.

Tampoco le era posible moverse de su escondite.

La menor imprudencia la hubiera puesto en manos del sacerdote y de Popoca, quienes, sospechando como sospechaban de ella, habrían sido capaces de matarla.

En este estado las cosas, Papantli, el sacerdote y Popoca escucharon de improviso y al extremo de la calle opuesta al que seguían el indio y los dos españoles, pasos de algunas personas que venían hácia allí apresuradamente.

Capítulo II

El poder de la belleza

El primer cuidado de D. Alvaro, una vez aceptada por él la falsa cita que á nombre de Papantli, habiale dado el indio Cosme, fué el de dirigirse á la casa habitada por los de Alva y la noble D.^a María, quienes hospedaban á D.^a Ana de Pacheco, que no había querido volver á ocupar la casa en que vivió con Alonso su marido.

No habría sido prudente comunicar desde luego á aquella familia las esperanzas que de recobrar al niño tenía D. Alvaro en vista de la cita, pues por más consoladoras que ellas fuesen, cualquier incidente podia hacerlas abortar, produciendo un nuevo pesar y originando nuevos disgustos á los principales interesados.

Pero de todos modos, necesario era que alguien en la casa estuviese prevenido para lo que acontecer pudiera, y con tal fin D. Alvaro buscó y solicitó hablar con D.^a Ana.

La visita á nadie pareció extraordinaria.

D. Alvaro y D.^a Ana manteníanse en relaciones y sólo esperaban que al menos hubiese pasado un año de la muerte de Pacheco para unirse en matrimonio.

Ni el uno ni el otro habían hecho secreto de su determinación, lo cual no obstaba para que innumerables pretendientes solicitaran, por cuantos medios á su alcance estaban, conquistar la belleza y grandes riquezas de D.^a Ana.

Pero como ninguno de esos pretendientes se propasase en sus pretensiones, y por otra parte ambos amantes estuviesen seguros de su mutua fidelidad, á ninguno de los dos inquietaba su situación.

No faltaba, sin embargo, quien murmurase, y no eran pocos los que creían que Alonso de Pacheco no había muerto, fundándose en que su cadáver no había parecido por más que en buscarle se esforzaron D.^a Ana y don Alvaro.

Abierta una averiguación sobre el hecho, el dueño de la posada en que Alonso fué herido por D. Alvaro, declaró haber arrojado el cadáver á un muladar algo distante del lugar del suceso, por miedo de verse perseguido injustamente por la justicia; pero no se encontró rastro alguno del difunto, suponiéndose que las fieras le habrían devorado.

Otra desaparición no ménos notable había ocurrido en aquel tiempo: la de D. Pedro Roca de Togores.

Sin embargo se sabía que se encontraba en la isla Española.

Desde allí había enviado un apoderado que en pocos dias realizó todos sus bienes, sacando á subasta sus propiedades, que por ser todas ellas productivas, encontraron fácilmente comprador.

Esta determinación del Sr. de Togores tenía explicación sobrada.

Nadie ignoraba la trágica muerte de D.^a Leonor su hija.

Todos comprendían y estimaban justa su determinación de abandonar un país en que tal horror le había ocurrido.

Y no obstante esto, todo el mundo, sin saber por qué veía cierta relación entre la marcha de D. Pedro y la desaparición de Togores.

Y ya fuese que así lo creyeran, ya que aparentaran creerlo los pretendientes de D.^a Ana, con el fin de estorbar sus amores con D. Alvaro, el hecho es que en varios círculos se decía que Alonso no había muerto; pero que convencido de la falsía de su mujer y temiendo el ridículo creyó prudente y útil á su honor y dignidad hacerse pasar por muerto y retirarse en secreto de Nueva España.

Como sucede siempre en estos casos en que la maledicencia y la murmuración hunden el escalpelo de su crítica en la reputación ajena, toda especie de poridades salieron á luz, y se desentrañaron en sus más mínimos incidentes todos los detalles de la vida de las víctimas.

Se repitió hasta la saciedad que jamás Pacheco amó á su mujer y que ésta se vengó de sus desdenes y desvíos faltando á sus deberes con D. Alvaro.

Como siempre el infeliz marido fué quien más lastimado resultó en estas burlas.

Alguien llegó hasta justificar á D.^a Ana con estas sangrientas palabras:

«Un marido tan poco cuidadoso de su honra que él viene á ser el último que sabe su deshonra, merece sufrirla por imbécil y descuidado.

«Por grande que sea el ingenio de una mujer para engañar á su marido, hay algo más grande que su femeníl falsía, la sensibilidad exquisita del honor varonil bien entendido.

«El marido cuya primera y principal ciencia no es la de estudiar y conocer á su mujer, no tiene derecho á lamentarse de lo que sucederle pueda.

«Quien casa con mujer hermosa y apasionada y no sabe demostrar que estima y ceta su hermosura y no satisface con sus transportes los que ella pueda sentir, se expone á que otro hombre se aproveche y utilice su descuido.»

Ninguno de los que así murmuraban llegó nunca á fijarse en que sobre todos los vicios y defectos de un marido con respeto á su mujer, está algo muy superior á toda consideración, cualquiera que ella sea: la virtud de la mujer.

Envolverá esta virtud, á juicio de los llamados filósofos y despreocupados, una flagrante injusticia; pero mientras la mujer sea como lo es hasta hoy el archi-tipo de la perfección y la belleza humanas, nadie podrá despojarla de los atributos en que su idealidad se basa y funda.

La naturaleza ha querido que las faltas de la mujer tengan sobre la familia consecuencias desastrosas, que nunca pueden tener las faltas del hombre.

Mientras la familia exista tal como nuestra sociedad la ha creado, y para vivir la necesita, este mal, esta injusticia, si lo son, no pueden evitarse.

Nadie puede predecir lo que los soñadores autonomistas de la mujer harán algún día para reformar á este respecto la sociedad; pero si lo alcanzan desde ahora podemos asegurar que la sociedad que ellos creen tendrá

de inferior á la nuestra la base en que se apoya, porque la base de la nuestra es la virtud de la mujer, y nada es superior á la virtud.

Pero la murmuración es injusta y sólo se acuerda de la virtud cuando tiene que reprochar faltas de mujeres no favorecidas por la naturaleza.

Cuando la belleza peca, son pocos los que no la disculpan.

¿Qué Areópago se atreverá jamás á condenar á una Friné?

Capítulo III

La resolución

EN medio de este cúmulo de murmuraciones y encontrados pareceres, D.^a Ana se mantuvo en un lugar elevado y digno.

Sin que nosotros tratemos de disculpar ni aminorar sus errores y faltas, debemos repetir lo que, varias veces hemos dicho.

D.^a Ana no había faltado á sus deberes por inclinación ni amor al vicio.

Era joven y faltábale experiencia, y cayó en las redes de su inexperiencia y juventud.

Peró una vez que la reflexión sobrevino, la pecadora se regeneró por el arrepentimiento.

Nada tenemos que reprocharle en su conducta posterior á su primera y única falta.

Vuelta al amor de D. Alvaro, procuró demostrar á éste mismo que merecía la rehabilitación que de él y su amor solicitaba.

Salvada de los riesgos corridos, antes y después de las

escenas del Tepeyac, no quiso volver á su casa y se acogió en la de los de Alva, como buscando testigos que pudiesen abonarla contra toda murmuración.

Y allí más que á su amor, se dedicó á llevar el consuelo y la resignación al alma de la infortunada Xochitl, ó sea D.^a María de Alva.

Cuando D. Alvaro, cediendo al influjo de su mágica belleza, se entregaba á los transportes de la felicidad de verse amado por ella, D.^a Ana le mostraba á D.^a María, que, dobladas las rodillas en su reclinatorio, buscaba en la oración alivio á su cruento pesar.

—Ella más que nosotros,—decía,—merece la felicidad; la nuestra depende de que ella logre la suya; cuando suene la hora de la nuestra, todos á nuestro alrededor deben hacernos concierto en la suya.

Con estas palabras D. Alvaro renovaba sus fuerzas y con pujante decisión y brio, acometía y soportaba todo trabajo y fatiga que á su fin, el de dar con el hijo de Xochitl, le condujese.

Por desgracia los días sucedíanse sin obtener ventaja alguna sobre los precedentes.

Nadie había podido dar ni con Papantli ni con Ixtaolzin.

Su ocultación era tan completa, como si hubiéralos tragado la tierra.

Tanto D. Diego de Saavedra, como D. Martín Tezomoti, ayudaban á D. Alvaro en sus pesquisas, pero ninguno de ellos era más afortunado, y la inutilidad de sus fuerzas íbalos desalentando, al contrario de lo que á don Alvaro acontecía, merced á la cooperación de D.^a Ana, y á su íntima y antigua amistad con Gonzalo de Alva.

Por otra parte á D. Martín teníanlo abstraído sus amo-

res con D.^a Beatriz, y ambos dos y D. Diego andaban por demás preocupados con el arreglo de su matrimonio, cuya celebración deseaban violentar.

Por todas estas razones D. Alvaro de Silva no pensó en acudir á D. Diego ni á D. Martín en demanda de auxilio para mejor salir del empeño en que la misteriosa cita pudiese ponerle, sino que se dirigió á D.^a Ana de Pacheco.

Esta recibió con alegría, en los primeros momentos, la noticia que el joven le dió, pero bien pronto la reflexión le hizo temer que aquella cita no pasase de ser alguna odiosa asechanza.

Por la familia de los Alva estaba muy al tanto de los antecedentes del sacerdote de Toci.

Sabía, pues, su astucia, y no ignoraba hasta qué grado llevaba sus venganzas y extremaba sus crueldades.

—Mi opinión sería,—dijo,—que no acudieseis á esa cita.

—¿Por qué no creer que me haya sido hecha de buena fe y con las mejores intenciones?

—Porque ese verdugo de nuestros amigos sabe bien que vos, D. Alvaro, no descansáis en vuestras pesquisas y que sólo muerto vos podrá librarse de la persecución que le hacéis. ¿Tendría algo de extraño que quisiera librarse de vos, por medio de esta cita?

—No lo creo, y sobre todo yo debo aprovecharme de cuanto pueda conducirme al logro de nuestros santos propósitos.

Muy bien pudiera ser que esta cita fuese, como lo teméis, una asechanza.

Pero una vez que vos lo habéis temido, vuestra sospecha me pone sobre aviso, y procederé con la consiguiente cautela.

Si el sacerdote azteca no es extraño á la cita, la captura de la persona que me la dá, será, así lo creo, de la mayor importancia.

Y á menos que no emplee en contra mía alguna invención superior á las humanas previsiones, yo sabré precaverme contra sus malas artes, y apoderándome de él ó de cualquiera de sus cómplices, quizás nos hagamos de algún cabo de la enmarañada madeja en que enredados nos tiene.

No intentéis, pues, D.^a Ana, apartarme de mi resolución, pues habré de llevarla adelante aun cuando supiese que en mi empeño habria de perecer.

Habéis impuesto por condición á nuestra felicidad que antes afirmemos la de nuestros buenos amigos, y tengo en demasiado alta estima, la que con vos he de lograr, para que imaginarios peligros puedan imponerme terror.

—D. Alvaro de Silva,—contestó con entusiasmo doña Ana,— nobleza y generosidad de alma como la vuestra, no han tenido ni habrán de tener superiores ni rivales.

No seré yo quien trate de oponerme á vuestro impulso.

Y no obstante, no sé qué pasa por mí, semejante á un funesto presentimiento.

Creo que Dios os protegerá, y sin embargo no sé por qué temo sin saber lo que temo.

¡Que queréis que yo haga!

Soy fuerte, pero soy mujer y os amo, D. Alvaro, y me asusta la idea de perderos ahora que sois mío.

—¡Ah! D.^a Ana; no me habléis así, porque la felicidad podría hacerme olvidar la desgracia ajena.

Al contrario de como vos pensáis, pienso yo que cada nuevo sacrificio que nos imponemos, nos depura y aquilata ante el tribunal de Dios, que al fin habrá de premiarnos.

—Sí, D. Alvaro; lo espero como vos lo esperaréis.

—¿Qué es entonces lo que os asusta?

—La magnitud de nuestras pasadas faltas.

—Mayor es la misericordia de Dios.

—Sí, pero su justicia se hace sin perjuicio de su misericordia.

—¡D.^a Ana!

—¿Quién nos dice que haya sonado ya para nosotros la hora del perdón?

—No seré yo quien pueda contestaros, pero aun cuando todavía hubiesen de venir sobre nosotros nuevos infortunios, ¿no esperaréis, como yo espero, que al fin sobrevendrá la calma?

—¡Oh! ¡sí lo espero!

—¿Entonces?...

—No quiero haceros vacilar, D. Alvaro, pero mis sentimientos fatales no quieren abandonarme. ¿Queréis hacerme menos desventurada?

—¿Eso me preguntáis, D.^a Ana? ¿Cómo puedo servirlos?

—Permitiéndome que os acompañe á esa cita.

—¡D.^a Ana!

—Todo lo tenía preparado para un caso como el presente; en un instante estaré disfrazada con traje de hombre. ¿Me lo permitís?

—Hacedlo como queráis,—contestó D.^a Alvaro después de haber un momento vacilado,—tenéis razón, lidiando á vista vuestra, seré invencible!

Capítulo IV

En la calle

CUANDO D. Alvaro y D.^a Ana, hermosísima, con su traje varonil, llegaron á la casa habitada por Alonso y D. Pedro, éstos habían salido de ella no hacía mucho tiempo.

Así se lo manifestó una sirvienta que acudió á abrir la puerta, aunque sin decir los nombres de sus amos, pues ella misma los ignoraba.

También por ella supieron que en aquella casa ninguna mujer vivía que pudiese dar cita á nadie.

Temiendo iba D. Alvaro haberse equivocado cuando la sirvienta nombró al mandadero Cosme.

—Él precisamente fué quien me llevó la cita,—observó el joven.

—En ese caso,—repuso la sirvienta,—con un poco que apretéis el paso, podréis alcanzarle, pues siguió la calle derecha en compañía de mis amos, dos caballeros de más que regular edad, canos pero fuertes y de buen porte.

Picados por la curiosidad, D. Alvaro y D.^a Ana deter-

minaron seguir las indicaciones de la sirvienta y alcanzar si les fuese posible al indio Cosme y á los dos caballeros.

La empresa no dejaba de tener sus dificultades, pues á ninguno de ellos se veía en toda la extensión de la calle; pero á D. Alvaro aguijoneaba el deseo de averiguar la razón de la burla que habíale hecho el indio Cosme, y todo lo intentó por ver satisfecha su curiosidad.

Al fin nuestros dos amantes lograron su empeño y sus pasos fueron los que, según queda dicho, escucharon á la vez Papantli, Ixtaolzín y Popoca.

Pudieron los dos últimos ocultarse fácilmente con sólo cerrar la puerta de la casa en que acogidos estaban, pero no pudo otro tanto Papantli, quien fué vista por D. Alvaro cuando, habiendo avanzado calle adelante, llegó á la altura de la puerta cuyo quicio servíale de refugio y escondite.

D. Alvaro teniendo de la mano á la hermosa D.^a Ana y desenvainando su hoja toledana preferida, dió la voz de ¡quién vá! y se retiró á la acera opuesta, dejando que la luna llena iluminase con su clarísima luz el magnífico grupo que él y su amada formaban.

Un grito de gozo irreprimible contestó á su voz de alarma.

Papantli acababa de reconocer á D. Alvaro, y sacando de su seno el Cristo de Fray Martín, levantándole en alto y dirigiéndose á nuestros héroes, exclamó:

—Por vuestros dioses; por esta imagen de uno de ellos, tened compasión de mí; no temáis nada de una infeliz mujer y séguidme unos pasos hacia atrás.

—¡Guía tú!—contestó D. Alvaro, que con sorpresa reconoció en la imagen que Papantli le presentaba el famoso Cristo de Fray Martín de Valencia.

Papantli se detuvo á unas cuantas varas del lugar en que habíanla descubierto.

—¿Quién eres tú—preguntó D. Alvaro,—y cómo ese Crucifijo se encuentra en tus manos?

—Soy la mujer que esta noche solicitaba de tí una cita que no sé si te habrán comunicado.

—En efecto, recibí el aviso de esa cita á la cual tú has faltado.

—Porque en vano esperé que el indio Cosme me trajese tu respuesta, diciéndome en qué lugar deseabas que yo te viese.

—¿Y por qué no estuviste en el que tú por su conducto me indicaste?

—Yo no le indiqué ninguno.

—Ten cuenta con lo que dices, pues si mintiendo empiezas me harás sospechar que me has preparado una asechanza, en cuyo caso, bueno será advertirte que me encuentro prevenido y á todo dispuesto.

—No miento, español, necesito de tu protección y mal medio para lograrla sería comenzar engañándote.

—Bien está, ahora me explicarás todo eso; por el pronto, si tú eres quien en efecto me ha citado ¿podrás repetirme el recado que me enviaste?

—Sí, D. Alvaro de Silva: «puedo entregarte lo que buscas.»

—¡Ah! sí; tú eres: eso que puedes entregarme es...

—El hijo de Xochitl y de Gonzalo de Alva.

—¿Lo veis, D. Ana?—exclamó el joven ebrio de gozo;—nuestra felicidad comienza, pues tenemos asegurada la de nuestros amigos.

—Pero aun os falta por cumplir una condición, que si no estáis dispuesto á llenar impedirá que yo hable, aun

cuando deba morir á vuestras manos;—observó Papantli con enérgica resolución.

—Yo desde luego te juro acceder á cuanto pidas,—contestó D. Ana acentuando sus palabras con la música deliciosa de su encantadora voz;—¿qué es lo que quieres?

—Que en pago del servicio que voy á haceros, me toméis bajo vuestra protección y por mí intercedáis con Xochitl y Gonzalo de Alva, para que no me separen de su hijo, al cual amo como mío.

—¿Pues qué faltas para con ellos has cometido y en tanto temor te ponen?

—Soy la mujer que hallasteis en la gruta del Tepeyac, la noche en que disteis libertad á las personas en aquel sitio secuestradas.

—¿Y así con tanta sangre fría confiesas tu delito?—preguntó con disgusto D. Alvaro.

—Ninguno tengo; misera esclava del sacerdote Ixtaolzin, antes bien procuré aminorar en lo posible la desgracia de mis víctimas. Xochitl lo sabe y ella también abogará por mí, cuando vosotros le digáis que yo soy quien en vuestras manos va á poner á su hijo.

—He jurado acceder á cuanto pidas,—repuso doña Ana,—y yo te ofrezco que nadie estorbará el cumplimiento de lo que te he jurado.

—Decís bien, D. Ana; lo que vos prometéis será cumplido.

Mas no retardemos la dicha de nuestros amigos; ¿dónde está esa pobre criatura?

—En una casa de esta misma calle.

—Condúcenos á esa casa.

—Vamos allá; pero advertiros debo que sin duda nos amenazan espantables peligros.

—¿Qué quieres decir?

—Que no está lejos de nosotros, y quizá medita nuestra ruina y muerte, el sacerdote azteca Ixtaolzin.

D. Alvaro tendió su espada hasta apoyar su punta en el pecho de Papantli, y airado exclamó:

—¡Confiesa, miserable que nos tienes cogidos en una villana red, ó aunque no lo confieses aquí mismo te doy la muerte!

Papantli permaneció impasible como si ningún peligro corriese; ni la intimidara la amenaza.

—Creía,—dijo,—que quien como tú es bueno, generoso y noble, era capaz de distinguir en ajenos labios el acento de la verdad.

Yo te la digo sin engaños ni disfraces; obra tú como gustes, si de mí sospechas.

D.^a Ana comprendió desde luego á Papantli y bajando la espada de D. Alvaro observó:

—Esta mujer dice la verdad.

Papantli se postró á los piés de la hermosa dama y los besó rebosando gratitud.

—Sí, señora de mágica é incomparable belleza,—exclamó;—la verdad digo.

Este Dios que esta misma noche he tomado de las manos del hijo de Xochitl, y que sin duda es el Dios verdadero, pues á mi os ha traído, ignoro por qué medios, podrá deciros si con él sabéis hablar y no es mudo como lo son mis dioses, que mis intenciones son buenas y ni puedo ni quiero engañaros.

Con tanta naturalidad Papantli dijo lo anterior que don Alvaro quedó completamente tranquilo y dispuesto en favor de la india, que besó reconocida la mano que doña Ana le tendió para ayudarla á levantarse.

Capítulo V

La fe de D.^a Ana

CONFIADA Papantli en la protección que D.^a Ana le impartía, habló de este modo:

—Comprendo hasta cierto punto, D. Alvaro de Silva, tu desconfianza.

Yo no te había citado en efecto para ningún lugar determinado, y menos aún para esta calle, á la cual me han traído los temores que concebí al notar la inexplicable tardanza del indio Cosme en volver á darme la respuesta que al fin no recibí.

¿Cómo habéis venido á dar aquí?

D.^a Ana explicó brevemente á Papantli lo que deseaba saber.

Cuando hubo concluído, Papantli dijo:

—El indio Cosme mintió en lo que os dijo, y él sin duda es quien, por razones que no alcanzo, os tendió la red que sospecháis.

Ignoro cuáles sean sus propósitos, pero si puedo deciros que se encuentra en esta calle, acompañado de

dos españoles, que son sin duda los dueños de la casa para la cual os dió la falsa cita.

Él no me ha visto, pero sí le he reconocido yo.

No me explico cómo se encuentra en esta calle ni con qué fin, pues, al menos por mí, no sabe que ese niño existe, ni el interés que en salvarle tengo.

Y si bien vosotros despertáis mis sospechas, os aseguro que no era de él de quien temía por el niño, sino de sacerdote Ixtaolzín, que, aquí mismo, á corta distancia de nosotros, espera ver libre la calle para entrar en la casa en que él y yo, de mutuo acuerdo, hemos tenido hasta hoy oculto al hijo de Xochitl.

¡Ay de nosotros, si él llega á ganarnos la entrada en dicha casa!

Ama á ese niño como yo le amo, pero contrariamente á mí que con gusto moriría por devolverle á sus padres, el sacerdote le ahogaría entre sus manos de hierro antes que dejárselo arrancar.

Porque tengo esta convicción, di el arriesgado paso de mandarte avisar que necesitaba hablarte.

Sé que tú eres quien á su cargo tiene el buscar á ese niño.

Más de una vez, perdonadme mi brusca sinceridad, burlé yo tus pesquisas y estorbé el logro de tus propósitos.

Pero Ixtaolzín desconfió de mí, y temeroso de que yo hiciera lo que haciendo estoy, dispuesto tenía apoderarse del niño y llevarle de nuevo á Tepeyac, de donde muy difícilmente le habríais rescatado vivo.

Pero vuestro Dios me ha protegido.

En el momento en que, sin sospecharlo, la casualidad me hizo descubrir que esta misma noche tenía dispuesto

Ixtaolzín realizar su propósito, la presencia en esta calle del indio Cosme y los dos españoles que le acompañan cortó los vuelos á nuestro enemigo, que oculto se mantiene en una casa poco distante de nosotros.

Más ¿qué podría yo haber hecho por mí sola?

Nada; y vuestro Dios, que sin duda lo sabía os envió providencialmente en mi socorro.

No creo que Ixtaolzín, ó por mejor decir el esclavo que le acompaña, me haya reconocido, y para evitarlo me mantengo de espaldas á la luna que con su luz nos baña.

Si me reconociese todo lo intentaría para estorbar mi plan.

Y mientras esto no suceda, vuestra presencia bastará para que no abandone su escondite.

Por este lado casi estamos seguros.

No puedo decir lo mismo por lo que á Cosme y sus dos españoles respecta.

Presiento que todos tres son enemigos nuestros.

—Para el caso de que hayan de demostrárnoslo, espada llevo en mi mano que nos ayudará á librarnos de ellos,—dijo D. Alvaro, no por vanidoso alarde, sino por conciencia que en su pujante valor tenía.

—No lo dudo,—observó Papatli;—pero si en la lucha llevásemos por desgracia la peor parte, Ixtaolzín y su arrojado esclavo Popaca, podrían causarnos grave mal.

—Pues sencillo es el remedio: indícame cuál es la casa en que se ocultan y de uno y otro daré ¡Vive Dios! breve y buena cuenta!

—Eso no lo haré jamás.

—Ve bien de no hacerme sospechar de tí!

—Mal harías, pues no necesito repetirte que procedo de buena fe.

¿Por qué entonces pretendes salvar de mi espada á los que tú dices ser enemigos nuestros?

—Ixtaolzín es un sacerdote de mis dioses, y debo respetarlo!

—¿Y no comprendes que dioses que tales sacerdotes tienen no pueden ser verdaderos dioses?

—Quizás tengas razón; ¿pero si mis dioses no lo son verdaderos? ¿por qué entonces los vuestros no os hacen triunfar de una vez para siempre de las asechanzas del gran sacerdote de los míos?

—Nuestro Dios,—opuso D.^a Ana tomándo parte en la discusión,—pone á veces á prueba la fe y la resignación de los que en él creemos, y permite que el pesar y la desgracia nos aflijan para mejor depurarlos; pero nunca nos abandona por completo, ni deja de premiar la adoración que le rendimos, ni la esperanza que en él y en su misericordia ponemos.

Tú lo has visto.

A pesar de la falsa cita que se nos dió, sólo él nos ha traído hasta tí.

Tú misma lo has reconocido no hace mucho.

No trato de que ese Ixtaolzín sufra por mi causa mal alguno.

Nuestra religión, basada en el amor y en la caridad, nos dice que todos los hombres son hijos de Dios y semejantes nuestros, y que á todos debemos amarles como á nuestros prójimos.

En este concepto Ixtaolzín es sagrado para nosotros, aun cuando medite nuestro mal y lo procure.

Guarda, pues, si así lo quieres, en secreto para nosotros, su escondite, que si de Dios está que la perfidia de tu sacerdote halle su castigo en nuestras manos, él mismo

vendrá á ponerse en ellas, por divina y superior fuerza impulsado.

Mas no dudes que nuestro Dios es el único verdadero, y contemplando sus obras, prepárate por medio de la admiración á creer en él, porque yo te lo pronostico, en nuestro Dios crearás, y él ha de darte el premio de la buena acción que con nosotros tienes, ayudándonos á salvar á ese pobre niño, cuya desaparición tiene á sus padres en hondo duelo sumidos.

Nuestro Dios es el que ha sembrado en tu corazón el amor que á esa criatura tienes, amor que va á salvarle.

Nuestro Dios puso también en el corazón negro y enjuto de tu sacerdote, ese otro amor que tú dices le atrae á ese niño; amor extraordinario en Ixtaolzín, que vive, según Xochitl me ha dicho, tan sólo por no morir sin haber satisfecho una antigua y funesta venganza.

Esos milagros sólo los hace nuestro Dios, que tiene infinita predilección por los niños, en oposición á los dioses tuyos, la ira de algunos de los cuales creías se aplacaba sacrificándoles inhumanamente inocentes y tiernas criaturas.

¿No te parece á tí, que por amor al hijo de Xochitl te expones resueltamente á la falsa cólera de tus dioses, que no pueden ser los verdaderos los que tales sacrificios aceptaban?